

6000

1300 pl. p. 19. agosto



EL RESPLANDOR DE ESPAÑA

Por VICENTE SAENZ

EL RESPLANDOR DE ESPAÑA

Camaradas: América habla. Las palabras ardientes, transidas de emoción, que vais a escuchar, han sido lanzadas a América por un americano que sufre y goza con nosotros, fraternalmente, en el centro mismo de esta guerra tremenda.

Ellas son una llamada aclaradora y salvadora dirigida a los que en la América de habla española no han perdido su dignidad de hombres, la noción de justicia humana, la capacidad admirativa frente a la lección de heroísmo que España ofrece al mundo.

Escuchadlas.

A nosotros, españoles que hacemos la guerra, que lucharemos hasta vencer aunque la muerte se interponga, estas palabras de profunda solidaridad han de estimularnos más y más en el camino de nuestra victoria.

Escuchad, camaradas: un americano que vive entre nosotros, habla a los que en América luchan por afirmar, aquí y allí, el derecho a la libertad de los hombres.

Camaradas: América habla:

1

¡Acá, desde España, hombres libres de América!

He querido sumergirme de nuevo en la gran tragedia española que sacude a toda una raza, que sacude al mundo entero.

¡Acá, desde la tierra maravillosa, hoy ultrajada y sangrante, de Alonso Quijano y de Rodrigo Díaz! De miles de Alonsos Quijanos y de Rodrigos Díaz.

Desde pueblos laboriosos de la pampa castellana, con su trigo, sus pinares y olivos, con sus arados y sus mulas que guían fuertes labriegos cantando en plena guerra sus canciones.

Desde Chiva, Requena, Utiel, las Cuestas de Contreras, Motilla de Palancar, Valverde de Júcar, Tarancón, Fuentidueña del Tajo, Villarejo de Salvanes, el Puente de San Fernando sobre el Jarama enrojecido.

Desde Alcalá de Henares, ciudad del inmortal Quijote pobre y manco, el que supo serlo y escribirlo, cuyas cenizas han hecho saltar de su tumba madrileña los pilotos extranjeros incendiarios.

2

¡Acá, hombres libres de América, y también aquellos que nacieron para ser esclavos!

Desde las huertas fecundas de Valencia, pródigas



y generosas hasta lo indecible con el pueblo que rechaza la invasión.

Desde Barcelona, la condal metrópoli catalana que con un puñado de valientes dominó al fascismo.

Desde Sagunto, Castellón, Tortosa, las riberas del Ebro, Tarragona, que viven del trabajo sano y fuerte en la costa brava del Mare Nostrum.

Desde Madrid, la capital gloriosa que asombra y que conmueve y obsesiona, por detener en sus propias puertas el empuje brutal de la barbarie.

Desde los frentes de guerra, los hospitales de sangre, los depósitos de cadáveres, las guarderías infantiles, los pequeños caseríos arrasados por la metralla de «Junkers» y de «Capronis».

3

¡Acá, hispanoamericanos! Hombres y mujeres. Viejos y niños. Padres y madres. Hermanos y hermanas. ¡Iluminad vuestra conciencia con el resplandor de España!

¡Hispanoamericanos! Los de Bolívar, los de Sucre, los de Hidalgo, los de Morelos, los de Sarmiento, los de Juárez, los de Montalvo, los de Martí, los de Maceo, los que luchan contra la opresión y el dominio de la bestia negra.

Y también los sargentones y leguleyos del otro lado del Atlántico.

Los vendepatrias condecorados.

Los lacayos del imperialismo.

Los sátrapas, rabadanes y traidores, para que aprendan la lección que con las armas en la mano está dando a los cinco continentes el pueblo magnífico de España.

4

Habla en lengua de Castilla un escritor de América. Uno de los muchos hispanoamericanos que piensan y que sienten en español.

No por Cortés ni por Pizarro. No por espuelas ni por tizonas. No por capitanes generales. No por reyes ni por virreyes. No por los voraces encomenderos de la colonia.

Por Berceo, el Arcipreste de Hita, Santillana, Jorge Manrique, Lope, Calderón, Cervantes, Zurbarán, Murillo, Velázquez, Goya, Las Casas, Pérez Galdós, Larra, Menéndez y Pelayo, Giner de los Ríos, Castelar, Pi y Margall, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Pablo Iglesias, Benavente, Ramón y Cajal.

Por «Mío Cid», «El Romancero», «Fuente Ove-





juna», «El Alcalde de Zalamea», don Quijote y Sancho españolísimos.

Por nuestros libertadores del siglo XIX y por estos libertadores indomables del siglo XX.

Por todo lo que ha hecho la grandeza de España y la grandeza de América.

5

Pensar y sentir en forma antiespañola cuando la patria de nuestros abuelos se desangra; cuando las clases parasitarias, que sólo defienden su avaricia, pretenden abatirla y destrozarla con el auxilio de fuerzas venidas del exterior, un nombre apenas podría tener: traición.

Traición a nuestra historia: la que consta en libros y la que no ha podido todavía escribirse, porque nada tiene que ver con hechos ni colonizaciones materiales.

Traición a nuestros más altos valores.

Traición a nuestra carne, a nuestra sangre, a nuestro espíritu.

¡Traición, diplomáticos españoles!

Los que solían festejar el 12 de octubre con embriaguez de alcohol y de oratoria.

Los que pensaban en pretérito y recibían sueldo de la República en presente.

Los que no quisieron oponer la verdad a la difamación de España.

Los más directos responsables, por lo tanto, de que tomara cuerpo en América, durante largos meses, la desbocada propaganda de Berlín y de Roma.

6

¿Y los españoles emigrados en busca de trabajo y de pesetas? ¿Los españoles enriquecidos en las veinte repúblicas del hemisferio occidental?

Me refiero a los que ya olvidaron el sufrimiento de su pueblo y hoy lo atacan para hacer méritos con el verdugo secular de sus antepasados.

Me refiero a los que querían celebrar con bailes y banquetes la entrada triunfal de Franco en Madrid. ¡La matanza de españoles, en otras palabras, por sarracenos, alemanes, italianos, presidiarios internacionales y habitantes de la Somalia con anillo en la nariz.

Me refiero a los que el Día de la Raza de 1936, al anunciarse en los periódicos reaccionarios la toma de la invicta capital por las huestes invasoras, por las hordas babelescas de negros y de blancos aglutinados, salieron de sus almacenes y pusieron en puertas y vitrinas este rótulo infamante: «¡Cerrado por Júbilo!»



¡Cerrado por Júbilo! Contra ese júbilo de almacenistas; contra la amalgama inconcebible de requetés, mahometanos, terratenientes, condes, duques, marqueses, africanos de la selva virgen y obispos de la fe católica; contra los sanguinarios destructores de su patria están los millares de españoles que en ultramar defienden arduosamente a España. Que organizan centros de cultura antifascista. Que editan periódicos. Que dejan parte de su jornal y de su modesto patrimonio en favor de la causa republicana.

Y están con el pueblo martirizado y sonriente de España; con la España que batió a Bonaparte; con estos milicianos que van jubilados a las trincheras; con la España eterna, invencible y heroica, las más prestigiadas revistas de América, las organizaciones de trabajadores, los partidos de izquierda, todo lo que en el nuevo mundo es dignidad y es decoro.

Y estamos nosotros, intelectuales y socialistas, para gritarles a los gachupines que nos niegan el derecho de opinar:

«Somos españoles de hace cuatrocientos años. No vamos con Francos, ni con Queipos, ni con Molas, como no hemos ido jamás con los traidores de América.

Vamos con Bolívar, el español más auténtico del pasado siglo. No con Fernando VII, vuestro «bien amado». No con los brutales espadones que perdieron las colonias, que las hicieron sublevarse, por tratarlas como han hecho con la propia España, última colonia oprimida por la caverna ibérica.

Vosotros, en cambio, españoles de la península, que habláis de patria sin sentirla, de raza sin cuidaros de ella, de religión sin profesarla, estáis traicionando a esa patria, a esa raza, a ese Dios en cuyo nombre se cometen los más atroces crímenes.»

8

Hablo para los españoles demócratas, para los españoles republicanos, para los españoles de ritmo contemporáneo que así me lo pidieron en América.

Y para los titubeantes y desconcertados por el silencio de sus diplomáticos, de sus ministros cómplices, que dejaron sin respuesta la propaganda calumniosa de los fascistas.

Y para mis compañeros y amigos que desean saber toda la verdad.

Y también —¿por qué no?— para los españoles «indianos» de la falsa cruz y del becerro de oro.

Frases cortas. Breves apuntes. Brochazos. No se





puede hacer otra cosa en esta hoguera que tiene por combustible la vida de tantos hombres, de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos seres humanos como está llevando sin piedad al sacrificio la guerra desatada sobre España.

¡Apuntes y brochazos que recojan el heroísmo y el dolor de un pueblo!

¡Heroísmo! Todo aquí es heroísmo. Un gran ideal alienta y fortifica a los que luchan en los campos de batalla y a los que trabajan en la retaguardia.

¡Dolor! Todo aquí es dolor. Pero dolor de madre cuando ve nacer sano y robusto al hijo que llevaba en las entrañas.

¡Dolor y heroísmo alegres! ¡Dolor y heroísmo de españoles auténticos, de españoles leales, que van con risas y con cantos en busca de la muerte que a otros españoles les dará la vida!

¡Heroísmo! ¡Dolor! En la nación vasca, en Cataluña, en Castilla, en Aragón, en Valencia, en Levante y en Poniente, allí donde las armas extranjeras no han logrado detener con su barbarie la vibración profunda del espíritu español.

9

¡¡ Madrid!! Ha dicho el Presidente Azaña:

«¡Asesinados sus hijos, arrasados sus monumentos, en llamas sus tesoros de arte! La misma excelsitud de su martirio lleva este drama a una grandeza moral como ningún pueblo español había conocido hasta ahora.

Será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños, todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.

Madrid podrá ser el símbolo de toda la actitud del pueblo español. De sus ruinas saldrá una nueva capital, como de las ruinas del país saldrá una patria nueva.»

10

¡Pero qué atrocemente feroces los de la reacción y los del fascio para que esa patria nueva quede sin aliento!

¡Cómo lanzan a sus huestes sobre España para evitar el triunfo de la justicia!

¡Cuánta sangre generosa derramada para mantener sus privilegios!

¡Y cómo les responde un pueblo de experiencia histórica!



¡Un gran pueblo que por sí solo, víctima de la traición cuartelaria y de la invasión extranjera, se levanta contra los traidores y detiene con épica pujanza, a la entrada de Madrid, en el Jarama, en Pozuelo, en Las Rozas, en Guadalajara, en toda la parte invadida y ultrajada del territorio hispano, a los ejércitos poderosos de «la barbarie científica»!

11

¡La barbarie científica! ¡Químicos, mecánicos, ingenieros y sabios, calibanes de laboratorio, en el anca de los potros salvajes de los Cuatro Jinetes!

¡Aeroplanos! ¡Impía matanza desde el aire! Tan impía, tan cobarde, como el hundimiento de vapores neutrales por submarinos piratas durante la guerra europea.

Tanques. Ametralladoras. Minas en los mares. Cañoneo de puertos desarmados. Bombas incendiarias. Bombas explosivas. Lanzallamas. Gases asfixiantes. Ruinas. Explosiones. Fuego. Sangre. Destrucción. Cadáveres.

¡La barbarie científica sobre España y contra España! Sobre pueblos pequeños y humildes alejados de los frentes de guerra. Sobre la población civil de las grandes ciudades, a la que quieren los invasores y sus cómplices de adentro desmoralizar por el terror.

¡El terror! ¡El terror! Fusilamientos en masa. ¡Badajoz, Sevilla, Córdoba, Palencia, Vigo, Zaragoza, Pontevedra, Lugo, Valladolid, Logroño, Málaga!

Vean esta trágica realidad los hispanoamericanos. Es de una elocuencia terriblemente abrumadora. ¡Véanla! ¡Véanla!

Eso es fascismo. Eso es imperialismo. El que también hemos sufrido. El que nos tiene acogotados. El que sacrificó miles de vidas en Manchuria. El que se apoderó de Abisinia. El que acabará con nuestros débiles países si no se enfrentan al capital monopolista que los agobia. Y a los testaferreros que le sirven. Y a los gobernantes que lo apoyan.

12

¡El terror! ¡El terror! Evacuación torturante de centros urbanos en peligro. Familias enteras que lo dejan todo, que todo lo pierden y abandonan para salvarse.

Han visto entre los escombros de casas vecinas los cuerpos destrozados del pariente, del abuelo, de la madre que dormía con su hijo al pecho, del trabajador





que reposaba en su cama con los ojos cerrados y despertó en la eternidad con los ojos desmesuradamente abiertos.

Salen del pueblo los supervivientes, bajo la nieve, bajo la lluvia, con los pies inflamados y el alma deshecha en busca de un lejano rincón que los ampare. Muchos no llegan. ¡Málaga, Málaga, camino de Almería!

A nadie respetan los obuses de los artilleros ni la metralla que lanzan los aviones. Los modernos «Fiat», los «Savoia», los «Romeo», los «Junkers», los «Caproni», vuelan sobre los evacuados, sobre los montes, sobre las carreteras rojas de sangre y de vísceras deshechas.

¡La barbarie científica está «civilizando»! Y el éxodo se convierte en gritos de angustia, en voces de dolor, en cabezas cercenadas, en mujeres muertas, en niños con las entrañas al sol y al aire.

Sí. Pero hay también en el ambiente un intenso clamor colectivo de protesta. Y cientos de miles de hombres armados en defensa de su patria. Y millones de puños en alto que forjarán la victoria del pueblo español contra los traidores y los mercenarios.

13

Los periódicos son un fiel reflejo de ese ambiente. He aquí algunos títulos, cuando Madrid estuvo otra vez en peligro al iniciarse una tercera invasión de italianos y alemanes por el Jarama y por el norte de Guadalajara:

«Madrid soporta una nueva y bestial ofensiva. Con sus armas, con su técnica moderna, con sus hombres el fascismo se lanza al ataque. Quiere tomar a toda costa nuestra invencible capital. Madrid lucha, sufre y sangra. ¡No caerá! Ayudemos a la gran trinchera de la libertad española. ¡Paz en la retaguardia, trabajo activo, solidaridad estrecha hacia los bravos compañeros de los frentes del Centro!»

«¡Ni una debilidad, ni una cobardía! ¡La muerte con honor en los campos de batalla, en el frente de lucha, antes que la vergüenza de los campos de concentración y el oprobio de la dominación fascista! ¡España no será jamás una colonia ni será Madrid Addis-Abeba!»

«¡Contra el invasor extranjero! El pueblo está en pie de guerra por la independencia de la patria. ¡Viva España libre! Para ahogar la libertad vinieron en 1823 cien mil franceses. Cien mil italianos han hollado ahora el suelo español para desarraigar la planta liberal. ¡A ellos, españoles!»



«¡ Víveres, hombres y armas para Madrid! Las carreteras y los ferrocarriles de Cataluña y de la región valenciana deben ser un convoy interminable de todo lo que necesitan los heroicos defensores de la capital de la República.»

«Por la libertad, por la independencia, ¡ guerra a muerte y sin cuartel al invasor! Cerremos el paso a los nuevos bárbaros que quieren hacer de España una colonia extranjera. Su planta no profanará jamás la tumba de nuestros antepasados.»

«Los partidos republicanos, Comunista, Socialista y Sindicalista, por una parte, y los sindicatos obreros y organizaciones específicas por otra, son el baluarte de la victoria por lo que representan y por la unión de todos ellos en la lucha antifascista. ¡ Estrechemos aún más los lazos que nos unen! ¡ En estos momentos culminantes, más que nada, unión!»

«Frente a toda Italia, frente a toda Alemania, hemos de plantarnos todos los españoles en haz decidido y heroico. ¡ Y así venceremos!»

14

Letra y espíritu de algunos de los centenares de carteles que hay en Madrid, en Valencia, en Barcelona, en las más importantes ciudades y en los más remotos pueblos de la España leal:

«Madrid defiende a España. España debe defender y honrar a Madrid.»

«¡ Mujeres! Trabajad en la retaguardia. Trabajad por los compañeros que luchan.»

«Tots a sembrar. ¡ Ajudeu els vostres germans del front!»

«¡ Hagamos una infancia alegre y feliz! El Ministerio de Instrucción Pública ha fundado cines, clubs y centros para juegos infantiles.»

«¡ Campesino! Tus enemigos te hicieron trabajar de sol a sol para alimentarlos. Ahora que la tierra es tuya, trabaja de sol a sol para aniquilarlos.»

«El frente de Madrid es el frente de nuestra independencia nacional contra los invasores.»

«Luchemos por que el porvenir de nuestros hijos no sea tan indigno como nuestra infancia.»

«Es preferible morir en pie que vivir de rodillas.»

«¡ Defended la cultura de vuestros hijos, luchando contra el fascismo hasta exterminarlo! El Gobierno del Frente Popular, por medio del Instituto Obrero, abre a los trabajadores las puertas de la cultura superior.»



«¡ Todo para la defensa de Madrid ! Hombres, armas, víveres y hogares para los evacuados.»

«Las mujeres españolas preferimos ser viudas de valientes que mujeres de cobardes.»

«Luchemos todos para aniquilar a los enemigos del pueblo y construir una España libre y próspera.»

«Madrid : tumba del fascismo ! ¡ Madrid : cuna de la victoria popular !»

15

A la vibración emocionante de esas frases que están en todos los corazones y en todos los labios, contesta el ejército del pueblo derrotando a los alemanes ; haciendo pedazos a los italianos ; armándose con los cañones, los tanques, las ametralladoras, con el formidable equipo guerrero que Hitler y Mussolini han enviado para matar españoles.

De nada sirven las proclamas altisonantes de los generales del Duce a las divisiones que comandan. ¡ Su idioma no es el de Garibaldi, que acaso entenderían mejor los pobres «voluntarios» fascistas importados !

Firman Coppi, Manzini, Nuvolini o Bergonzoli. ¡ Bergonzoli ! ¡ El verdugo de los abisinios ! ¡ El jefe de la columna motorizada que a sangre y fuego entró en Addis-Abeba !

«Comando de la mia Brigata Volontari. Ordine del Giorno...» Los soldados no quieren oír. Saben que están cavando su sepultura en territorio español. ¡ Huyen ! ¡ Huyen !

Los increpa sin recato el delegado Grandi, desde Londres, en las propias barbas del flamante Comité de No Intervención : «¡ El honor de Italia se juega en esta guerra !» Los soldados no se detienen a investigar qué es el honor fascista. Prefieren retirarse para salvar la vida.

Alza entonces la voz, en alemán, Von Faupel. Tampoco puede con los suyos, con los otros «voluntarios» venidos del Reich, quienes acompañan a los italianos en el fracaso y en la fuga.

Y la gran masa ciudadana española responde por su parte al invasor, con su entusiasmo, con su sacrificio, con su abnegación. Y dice rotundamente en lengua de Cervantes : «¡ Venceremos ! ¡ No pasarán !»

16

Los campesinos llegan presurosos a los lugares de abastecimiento, con sus carros y con sus mulas, a ofrecer lo mejor de sus cosechas.



Largas filas de camiones repletos de víveres van y vienen jadeantes por las carreteras.

Hay una estrecha unión, una solidaridad inquebrantable entre soldados y civiles; entre el nuevo ejército, las agrupaciones políticas, los sindicatos y el pueblo; entre millones de españoles alentados por el mismo ideal.

¡Todo para los milicianos! ¡Que nada les falte! ¡Todo para los hombres de las trincheras! ¡Hospitalidad, pan, techo, calor de hogar para sus hijos, para sus mujeres, para los evacuados, para los héroes anónimos de la libertad de España!

Imponentes asambleas en cines y en teatros proclaman la unanimidad antifascista de los leales a su patria y a su historia.

Se organizan enormes manifestaciones de adhesión al Gobierno del Frente Popular.

Y multitudes de mozos y de viejos acuden a inscribirse para que se les mande sin demora a los campos de batalla.

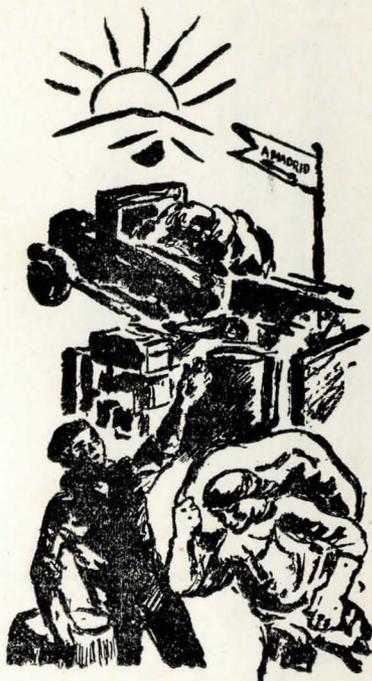
Esa es la realidad de España desde el 18 de julio de 1936. De la España en armas contra invasores y traidores. De la España que defiende con arrojo sus conquistas democráticas. De la España que opone su cuerpo ensangrentado y su espíritu luminoso al avance del conquistador extranjero.

17

No perdona el fascismo internacional a un pueblo que tan enérgicamente lo derrota. Nuevos bombardeos. ¿Sobre objetivos militares? No. ¡Otra vez sobre barrios obreros de Madrid! ¡Sobre calles y plazas de Barcelona! ¡Sobre el Hogar del Socorro Rojo Infantil y el Hospital Provincial de Valencia! ¡Sobre Tarancón, Albacete, Andújar, Castellón, Tortosa, Sagunto! ¡Sobre el Sanatorio de la Malvarrosa en la Playa de Nazaret!

Ciento cincuenta huerfanitos de la guerra y doscientos niños tuberculosos albergaba ese sanatorio. ¡Tuberculosis de los huesos! No podían moverse de sus camas los pequeños inválidos cuando explotaron los proyectiles italianos. Lloraban a gritos desgarradores. Pedían auxilio llenos de angustia y de pavor.

Pregunté en Tarancón a un campesino: «¿Cuántos muertos?» «Dieciocho», fué la respuesta. «¿Y heridos?» Se quedó mirándome. Luego dijo: «En Tarancón no hubo heridos. Las bombas hicieron volar tres pobres viviendas con sus dieciocho inquilinos.» Y



agregó: «La metralla es como los dientes del lobo. Al que hiere lo mata.»

De las víctimas de Valencia conservo el recuerdo doloroso de una familia entera hecha pedazos. El padre se había marchado al frente. Hoy descansan los suyos en la misma tumba: un niño de siete meses, otro de tres años, una niña de cinco, la madre de veinticuatro y la abuela septuagenaria.

En Albacete, ciudad indefensa de treinta mil habitantes, veinte aviones estuvieron lanzando bombas incendiarias durante seis horas. Numerosos muertos y heridos quedaron en las calles y en los campos vecinos a donde fueron en busca de refugio.

En Barcelona y en otras ciudades y pueblos mediterráneos la población rinde tributo a los despojos de las mujeres, de los niños, de los hombres que va matando el fascismo desde el mar o desde el aire. Miles de catalanes acompañan a los caídos en procesiones silenciosas, fiera la mirada, levantando el puño.

¡Qué homogénea y qué grande es Cataluña en el valor y en el dolor de España!

18

¡Y qué grande la capital sitiada! El estampido seco de la artillería, el tableteo de las ametralladoras, los disparos antiaéreos, las bombas de los aeroplanos no turban la tranquilidad de los madrileños. Continúan en sus quehaceres habituales. Llenan los cafés. Conversan. Ríen. Discuten.

Si de noche se oye el tronar de los cañones, dan media vuelta en la cama para seguir durmiendo. «¡Qué más da! ¡Lo mismo se muere en el sótano que en el principal o en los áticos! ¡Compañero, cómo zumban! ¡El «Abuelo»! ¡El «Felipe»!»

Los obuses cruzan silbando la oscuridad y atraviesan fachadas y altos pisos. El «Felipe» y el «Abuelo» contestan con sus roncas detonaciones, hasta que guardan silencio las baterías de Hitler y de Mussolini.

19

Los varones en edad de ser soldados van al frente. Sus mujeres, sus hijas, sus hermanas, ayudan en la retaguardia. Se hacen cargo de las guarderías infantiles; confeccionan los uniformes de los milicianos; atienden a los heridos.

No es posible hacer que las mujeres madrileñas abandonen la ciudad. Se les dice en los periódicos, en las difusoras, en las revistas, en los teatros, en los tranvías por medio de carteles ilustrados:



«¡ Mujeres, evacuaed Madrid! Los fascistas redoblarán su saña criminal. ¡ No permitáis que los niños caigan ametrallados por los aviones alemanes e italianos!»

«La evacuación de Madrid, procurando alejar a los niños del peligro, es una necesidad imperiosa. ¡ Mujeres, superad vuestros sentimientos maternales! ¡ Debéis colaborar en la defensa de Madrid salvando a vuestros hijos!»

El Gobierno suministra todo lo necesario para los evacuados. Pero las mujeres no salen. No quieren salir. Soportan el crudo invierno sin calefacción. Pasan increíbles privaciones por escasez de alimentos. Nada de eso les preocupa. No protestan.

Y de madrugada forman en las interminables, en las bulliciosas colas de la leche y de la carne cuando las hay, del carbón, del pan, de lo más indispensable que pueden conseguir para llevar un bocado al anciano, al niño, al enfermo, a esa familia que tanto aman y de la cual rehusan separarse.

¡ No tiemblan con los cañonazos ni con el estallido de las bombas! ¡ Pero están temblando de frío, mal abrigadas y a ración mínima de guerra, estas heroicas mujeres madrileñas a quienes sin duda levantará la Revolución un monumento!

20

Sí. Heroicas mujeres. Heroicos los bomberos. Heroicos los tranviarios que no han suspendido el servicio de los trenes eléctricos un sólo día. Heroica ciudad la capital de España. ¡ Mas cuánta pena en cada calle, en cada hogar, en cada habitación!

Barrios enteros destruídos. Edificios en ruinas. Familias disgregadas. ¡ Y los hospitales de sangre! ¡ Y los depósitos de cadáveres! ¡ Y las escenas conmovedoras cuando padres y madres identifican a sus pequeños muertos, que jugaban despreocupados y alegres en la cercana plaza cuando pasaron los aviones!

Siento en lo más profundo de mi espíritu el dolor de los hombres y la desesperación sollozante de las mujeres. ¡ Hombres y mujeres que van a las clínicas; que se asoman a las salas de cirugía donde está sangrando el hijo; y que reciben su cuerpo inanimado envuelto piadosamente en una sábana!

21

Por trances como esos he pasado. Dentro del alma llevo la imagen de mi más pequeña hija, por segunda vez tendida sobre una mesa de operaciones. Nerviosa,





pálida, mirando con terror a médicos y enfermeras, apretábase contra mí poco antes de recibir con engaños la anestesia. ¡Cómo resuena en mi cerebro y en mi corazón el golpeteo escalofriante del cincel y del martillo abriéndole el mastoides!

¡Ah!, pero la ciencia, la ciencia que no es barbarie, le salvó la vida. ¡A estos pobres niños, en cambio, la ciencia, la otra ciencia, los ha despedazado!

Yo también, como estos padres españoles, perdí a un hijo de diez años en quien había concentrado toda mi ternura. ¡Noventa horas, que blanquearon mi cabeza, estuvo agonizando! Hasta que una mañana mi mujer y yo le cerramos los ojos, sus grandes ojos negros nublados para siempre. Y en un ataúd blanco lo llevé por la tarde al cementerio.

¡Cuántos ataúdes blancos en los panteones de España! ¡Cómo traen a mi memoria la visión del hijo muerto! ¡Y cómo me hacen recordar el dolor inenarrable que sentí cuando los sepultureros lo bajaron a su nuevo lecho de tierra, cubierto con ladrillos!

¡Ah!, pero queda el consuelo de que la ciencia hizo cuanto pudo por quitárselo a la muerte. ¡Qué sentirán estos padres y estas madres al ver que la ciencia, la otra ciencia, les mató a sus hijos! ¡¡La barbarie científica!! ¡¡La barbarie científica!!

22

Después de cada bombardeo se pone en práctica la consigna de Berlín y de Roma: «¡Intensificar la campaña de difamación!» Y para disculpar sus crímenes ante el mundo, aceleran los fascistas el movimiento de la gran máquina de propaganda que tienen a su servicio. El radio, el cable, las agencias de publicidad repiten las mismas frases: «¡Marxistas desenfrenados! ¡El peligro ruso! ¡Hordas rojas! ¡Bolchevización de España!»

Pues esos rojos salvaron las obras más valiosas del Museo del Prado, en constante peligro de incendiarse por el bombardeo de los aviones fascistas. Rescataron, entre llamas y escombros, lo que aun quedaba del Palacio de Liria, sobre el cual lanzaron los «Junkers» y los «Capronis» toneladas de materias inflamables. Y protegieron a los sabios y a los intelectuales, que representan la cultura superior de España, hasta dejarlos instalados en Valencia con sus laboratorios y con sus instrumentos de trabajo.

En las actividades guerreras llaman la atención los regimientos de la hoz y el martillo, por su disciplina, por su valor sereno, por la abnegación con que van



los comunistas a la muerte en defensa de la República democrática.

Miles de hombres armados hay en las grandes ciudades: oficiales y milicianos en continuo movimiento. Pero no se sabe de soldados ebrios, ni de riñas callejeras, ni de heridos o de muertos en restaurantes o cantinas.

Cuatrocientos obreros y cincuenta metalúrgicos desalojaron seis mil millones de pesetas del Banco de España. Ni un grano de oro se quedó entre las manos de estos socialistas o de estos comunistas, quienes velaron —mosquetón al hombro— por las riquezas de España, por las reservas económicas de todos los españoles y no ya solamente de las castas privilegiadas.

Las empresas de transporte, las instituciones bancarias, las compañías de seguros, los teatros, los principales comercios e industrias siguen funcionando con rigurosa normalidad, intervenidos por sindicatos de obreros y empleados. No hay sueldos de lujo. Pero tampoco los salarios de hambre que beneficiaban a los accionistas. Todos viven mejor. ¡Y la plusvalía se aprovecha para ganar la guerra!

Puede afirmarse que la Caja de Reparaciones es la columna vertebral de la formidable revolución económica que se está operando. Valores, piedras preciosas, tesoros que significan trabajo acumulado de muchos años, la codicia hecha materia de los detentadores y de los parásitos de varios siglos, está hoy bajo la dirección y la custodia de funcionarios intachables. Lo que ganan apenas les alcanza para sostenerse decorosamente. ¡Ni un alfiler de corbata, ni una perla, ni un brillante que podría ocultarse en cualquier sitio se ha extraviado!

¿Incontrolables? Los ha habido, no cabe duda, sobre todo en las primeras semanas, por el desconcierto que produjo la traición de los militares. ¿Abusos, violencias, sacrificios inútiles? También. Pero la Revolución es un crisol que lo limpia todo de impurezas. Y ningún otro país hubiera podido transformarse como lo hace España, tan profunda, tan definitivamente, y con tan generosa humanidad al mismo tiempo.

23

Más fuerza que las difusoras «Telefunken» y que los corresponsales anónimos tienen estos hechos. Y si a los escritores y artistas españoles se les creyese parciales —¡parciales en favor del pueblo!— oíga-se la voz de Tagore, Einstein, Wells, Rolland, Malraux, Cassou; la de los universitarios y los delegados in-



ternacionales que han venido a estudiar la situación de España; la de los más altos e insospechables exponentes de la cultura mundial.

Ellos saben la verdad y la proclaman: «El trabajo tiene derechos; la libertad tiene derechos; el hombre tiene derechos.» Por esos derechos, derechos humanos, lucha el pueblo español. Y lo hace con valor y disciplina, transformando a su patria en una España nueva: sin gazpacho como único alimento; sin esclavitud; sin trabajadores desnutridos; sin chozas, cuevas ni pocilgas como habitación de los menesterosos. ¡ Con escuelas, con hogares, con un alto sentido de la justicia y de la dignidad humana!

Dignidad humana, democracia integral, que no acepta el despotismo cuartelario de los espadones. Ni el «Volkstum» permanente y eterno de los alemanes. Ni el Estado Totalitario de Mussolini. Ni el funcionamiento ignominioso de «Ovras» ni de «Gestapos». Ni doctrina alguna de panteísmo estatal, enemigo rabioso de los derechos del hombre.

¡ Españoles de América! ¡ Hispanoamericanos! El resplandor de España ilumina a nuestro continente. A los cinco continentes. Y como el triunfo de España es nuestro triunfo, el triunfo de la justicia social, el triunfo de la democracia, la derrota de la barbarie y del fascismo, con España estamos y con España venceremos los que siempre hemos luchado por la libertad de América.

VICENTE SAENZ

Secretario General del Partido Socialista de Costa Rica

Valencia, Barcelona, Madrid, marzo de 1937.

Editado por el COMISARIADO GENERAL DE GUERRA. • Abril 1937

Precio: 30 céntimos, a beneficio de la formación cultural del Ejército del Pueblo

